



Dos extraños, dos objetivos.
Una noche y un acuerdo que no deben
olvidar.

**MÁS FUERTE QUE
LA RAZÓN**

TEAM PLAYERS

CLARA H. VIAL

Porque los hombres no
son príncipes azules,
son caballeros sin
armadura a quienes
debemos amar tal y
como son.

PRÓLOGO

Max

—Y, ¿por cuántos días más pretendes seguir presumiendo esa cara? —me preguntó Alex cuando llegamos a *Jack's*.

—No sé de qué me hablas.

—Pues, sé que no estás contento por haber dejado el equipo, pero eso fue algo que tú decidiste, nadie te obligó a hacerlo.

—No necesito que me lo recuerdes.

—Ergo... —Enrollé los ojos cuando levantó el dedo índice para remarcar—, deberías pensar en lo que viene.

—¿Crees que no lo sé? —Sabía que podía ser exasperante, pero odiaba reconocer que, a veces, era el único capaz de hacerme entrar en razón.

—Sé que lo sabes, pero también sé lo que significa y que, todavía, no lo asumes.

—Ya lo asumí, pero no me pidas que esté contento con eso. *Mierda*, lo asumí el día que se lo dije y espero que no sea necesario recordarte que tenía ocho años.

—Ajá.

—¿Ya llegaron los otros? —pregunté.

—Por supuesto que no, faltan dos minutos para las ocho y ninguno sabe cómo ver el reloj.

Haber terminado la última temporada de *rugby* en la universitaria, había sido un privilegio, coronarnos campeones de la Liga por quinto año consecutivo después de sangre y sudor en la cancha, era más de lo que habría deseado, antes de iniciar el último año de mi carrera para ser abogado.

Entregar el rol de capitán, sin embargo, era harina de otro costal. Dieciséis años, dieciséis años a la cabeza de *The Flyers*, dieciséis años velando por mis compañeros sería algo difícil de reemplazar.

En el campo de juego había encontrado mi propósito y alejarme de él, significaba mucho más que sacarme la camiseta con el número ocho en la espalda.

No solo había aprendido a sentirme libre en la cancha, sino que también, el valor de mi equipo, de mis amigos y de mí mismo.

Que Alex hubiese decidido mandar a su familia a volar cuando les dijo que, después de haber estudiado cinco años

periodismo y graduarse con los máximos honores, se dedicaría al *rugby* profesional, no fue sorpresa para nosotros. Que Tommy hubiese encontrado su trabajo soñado como reportero en un canal de televisión, tampoco era novedad, y que, Jonah estuviera por llegar después de tres años intensos en *MIT* para conseguir su doctorado, era simplemente un hecho.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? — insistió.

—Lo que dije que haría.

—¿Así de simple?

—Sí, así de simple.

Ingresar a la firma de mi padre como socio, sin siquiera haberme sentado en un escritorio, no era como deseaba comenzar mi carrera en el estudio de abogados más importante del país.

La confianza es algo que debía ganarse y no tenía claro que, ser el hijo del dueño, me pusiera a la cabeza del *ránking* de los más confiables.

Trabajar con él, no era en absoluto lo que yo podría haber denominado un futuro brillante, sin importar lo que el resto del mundo pudiera pensar.

Las apariencias en la vida de William y Martha Russell lo eran todo, «una familia dedicada, bien constituida, capaz de “acoger” al mejor amigo de su hijo solo para darle en el gusto, dueños de una de las fundaciones benéficas más grandes y con dedicación a tiempo completo a la filantropía». Para cualquiera y desde lejos, era el cuadro perfecto.

—¿Lo de siempre? —nos preguntó el camarero.

—Sí, gracias —respondió Alex.

Por fortuna, él tenía claro hasta dónde presionar y cuándo era el momento para soltar. Haber crecido juntos, había logrado que nos convirtiéramos en hermanos. Para mí, el que nunca tuve, y para él, el que siempre quiso tener.

Tommy y Jonah venían hacia nosotros. Debía ser alguna clase de coincidencia, porque desde que dejaron de compartir apartamento, Jonah nunca más llegó a la hora a ningún lugar.

—¿Y este milagro? —dijo Alex, apenas se acercaron.

—No preguntes, ¿quieres? —respondió Tommy.

—Por supuesto, como tú digas. —
Sonrió una vez más y luego dio una carcajada.

La ronda se multiplicó y perdimos el sentido del tiempo. Por primera vez en dieciséis años, no debía levantarme temprano para entrenar o para ir a jugar un partido al día siguiente y esa, era una sensación desconocida.

—Les propongo algo —dijo Alex—. Ya que ustedes, «perdedores», van a dedicarse a echar raíces en sus escritorios, qué les parece si a partir del próximo sábado corremos media maratón.

—¿Veintiún kilómetros? —preguntó Jonah.

—Así es, veintiún kilómetros —respondió Alex con los ojos llenos de brillo—. Piensen en que esta será mi contribución para evitar que se conviertan en unos gordos panzones y perezosos. —Dio otra carcajada.

—Acepto —dijo Tommy—. Eso te dará una lección sobre humildad y respeto, sigues siendo muy lento. — Seguía riéndose, porque de los cuatro, el más ágil y rápido siempre había sido Alex y que Tommy quisiera demostrarle lo

contrario, era no solo gracioso, sino que imposible.

—Acepto —aseguró Jonah, yo asentí y brindamos.

Años plantándonos desafíos, años buscando formas de llevar a los otros hasta el próximo nivel y disfrutando de la vista cuando llegábamos a la cima. Pero este nuevo reto, sentirme preparado para cruzar el umbral de la oficina de mi padre, estaba lejos de ser un desafío placentero y más lejos aún de ser algo agradable.

—¡Hola, chicos! Sí son, nada más y nada menos que las estrellas de la universitaria de *The Flyers* —dijo la rubia que parecía ser la líder del grupo de cuatro *Barbies*.

—Hola. —Sonrió Tommy como un lunático. Se desplegaron como si tuvieran alas y flanqueándonos, una a una, traspasaron todos los límites aceptables de respeto a la burbuja personal, invadiéndonos—. ¿Desean beber algo? —preguntó él. Se levantó para darle el asiento a una de ellas, hizo un gesto con la mano para llamar al camarero y se instaló a su lado, como si

estuviera en la primera fila del partido más importante del mundial.

—Vamos, estoy segura de que puedo ayudarte a cambiar esa cara... —La mujer del vestido rosa que estaba detrás de mí tratando de cruzar sus brazos alrededor de mi cuello, no disimuló en absoluto su deseo de meterse en mis pantalones.

—Te lo agradezco, pero no. —Alex me miraba desde la butaca con su maldita mueca burlona y el muy idiota, sonreía.

—Mi apartamento queda cerca — insistió tratando de enrollar sus dedos en uno de los botones de mi camisa.

—No me cabe duda, pero...

—Y creo que podríamos encontrarle un muy buen uso a...

—Lo siento, vine con mis amigos y no tengo interés en un revolcón. —Claro, conciso y suficientemente directo, como para que, aunque lo intentara, no pudiera malinterpretar mis palabras.

Odiaba las situaciones como esa y no me sentía orgulloso de haber aprendido a salir de ellas, siendo brusco y grosero. Se levantaron como si las hubiese ofendido a todas y se fueron hacia la barra. No necesitaba más

complicaciones, era suficiente con lo que estaba a punto de suceder en mi vida y si bien, llevaba años preparándome para eso, todavía no sabía cómo iba a enfrentarlo.

Como nunca, *Jack's* estaba lleno, casi no se podía caminar y las rondas corrían tan deprisa, que parecía como si nunca hubiesen llegado a la mesa.

—Eso fue rápido —dijo Alex que no se había borrado la sonrisa.

—Sutil, cada vez eres más eficiente —agregó Tommy después de dejar su vaso.

—Basta, ¿quieres?

—Que no tengas ganas de recibir sus atenciones, parece no detenerlas —agregó Jonah.

—¿Por qué no van ustedes? Les aseguro que serán bienvenidos a aprovechar la oportunidad.

—Te quieren a ti —insistió Alex arqueando una ceja.

—Eso lo veremos. —Tommy se levantó con el trago en la mano, una sonrisa socarrona en los labios y después de aclararse la garganta, caminó hacia el grupo de chicas—. No me esperen despiertos. ¿Compañero? —Jonah, que originalmente parecía no estar

interesado, siguió sus pasos después de tomarse de una vez lo que le quedaba en el vaso.

—¿Qué piensas hacer ahora? —me preguntó Alex después de que perdimos el contacto con Tommy y Jonah. Habían dejado el bar en compañía de dos de las *Barbies*, que parecían estar interesadas en regalarles toda su atención.

—Pues, ir contigo a la reunión donde el *coach* anunciará al nuevo capitán y después, prepararme. —Llevaba años sin pensar en el real significado de tener mi título universitario.

—Bueno, no es mucho más lo que podemos hacer aquí esta noche, a menos que hayas cambiado de opinión y desees la compañía de alguna señorita. —Sonreía.

—Eres un idiota.

—Vale, pero dime, cuándo fue la última vez que saliste con alguien.

—¿Acaso importa?

—Pues claro, es directamente proporcional a lo neurótico que te pondrás, cuando pises la oficina de tu padre. Mientras más energía puedas «liberar» —el maldito hizo el gesto de las comillas con los dedos—, mejor será.

—No es relevante.

—Pues, entonces..., ¿cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien?

—Me estás jodiendo, ¿en serio?

—Si ha pasado tanto tiempo, tienes un grave problema. —Era posible, pero no importante.

El anuncio del *coach* sobre el nuevo capitán sorprendió a todo el mundo, menos a mí. Si había alguien dispuesto a dejar su vida en la cancha, era Alex. El *rugby* era todo para él, y, además, era el más antiguo de todos los que conformaban el equipo de la categoría profesional. Conocía al revés y al derecho el tejemaneje de *The Flyers*, las cosas importantes para el *coach*, pero, sobre todo, tenía el espíritu del equipo corriendo por sus venas.

CAPÍTULO 1

Max

—Oh, no. Ya es suficiente —oí a Ángela, mi asistente—. Es la tercera vez esta semana...

—¿Mmm? —Abrí los ojos y la encontré parada frente a mí con las manos en jarra y el ceño fruncido.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media —dijo sin siquiera mirar el reloj.

—¿Qué haces tú aquí a esta hora? —pregunté cuando la vi caminar hasta el armario que estaba estratégicamente instalado al fondo, en el costado de uno de los libreros.

—Oh, no cariño, no trates de cambiar la dirección de la conversación.

Me senté en el sofá y me pasé las manos por la cara. Esperaba que después del sermón que de seguro iba a darme, tuviera compasión y me consiguiera un café.

—¿Qué pretendes? —Me miró y negó con la cabeza—. En serio, Max, se te está pasando la mano. —Sacó el traje gris oscuro, una camisa celeste de esas que estaban colgadas y las llevó al baño—. Ya

sabes, tu ropa interior y los calcetines están dentro del cajón —agregó cuando tomó un frasco de perfume que se llevó a la nariz—. Me encanta este.

Después de que me dormí por primera vez en la oficina, cinco años atrás, Ángela lo arregló todo. Entre el armario y los cajones a medida que mandó a instalar, había desde ropa hasta crema de afeitar.

—Tienes media hora. —Se hincó frente a la mesa de centro y comenzó a ordenar los papeles que estaban regados por todas partes. Ángela llevaba casi treinta años trabajando en el estudio y había sido asistente de mi abuelo. Cuando él murió, fue asignada a otro de los directores, pero cuando el maldito la despidió porque le gustaban más jóvenes, fui hasta su casa a buscarla. Era una mujer leal hasta los huesos y había dedicado prácticamente toda su vida a Russell y asociados.

Tenía tanto sueño que estuve diez minutos bajo la ducha. No sabía si fue porque dormí en mala posición o por las pocas horas de sueño, pero sentía el palpar de una migraña incipiente.

La reunión con Joseph Stanton era con lo que iniciaba mi día, sabía que ninguno de los otros directores estaba citado y dudaba que me hubiese convocado para algo de real importancia para la firma. Nuestra relación era tensa, no teníamos puntos de acuerdo y que constantemente estuviera buscando demostrarme que estaba más arriba en la cadena alimenticia, era un desperdicio de tiempo.

—Es definitivo. Voy a hablar con la gente de recursos humanos. —escuché a Ángela cuando salí del baño terminando de peinarme con los dedos.

—¿Para qué?

—Voy a conseguirte un procurador. No puedes seguir pasando las noches aquí. Hazme un favor y consíguete una vida, ¿quieres? —Me pasó la taza de café que tenía en la mano y abrió la caja que no había notado que estaba sobre mi escritorio—. Mira, una o dos veces al mes puedo entenderlo, pero ¿tres en una semana? Es inaceptable. —Suspiré y di un sorbo del maravilloso elixir aromático de grano árabe, y recibí las dos pastillas de ibuprofeno que me dio.

—No. —Me acomodé los gemelos y la vi coger el *iPad*.

—Joseph Stanton a las nueve. Evans, Basset y Quinn a las once. A las tres de la tarde tienes una junta con el señor Daniels y luego, a más tardar a las cinco de la tarde te vas de aquí. —No la miré. Sabía que estaba tratando de provocar una reacción por estar enviándome a casa como si fuera un niño.

—Gracias.

—Max, eres el mejor abogado de la firma y para que sigas siéndolo, debes dejar de hacer esto.

—Ángela, por favor.

—Lo siento, pero alguien tiene que decirlo. —Me terminé el café y me quitó la taza de las manos.

—¿Hombre o mujer?

—¿Qué?

—El procurador.

—No.

—Elige.

—Me da igual.

—Como quieras, ya te lo dije, no está sujeto a discusión. Ah, y otra cosa, te voy a conseguir una cita con el neurólogo.

—No.

—No estoy preguntando.

—Dios, Ángela, es muy temprano para esto. —Nuestra relación era tan cercana que, en cinco años, había decidido convertirse en algo así como una madre y manejaba mucho más que mi agenda.

—Elige al menos uno, es mi última oferta. —No pude evitarlo y enrollé los ojos.

—La primera, pero con una condición. —Sabía que debía ceder en algo o me torturaría hasta que lo hiciera, porque no le importaba que fuera su jefe y mucho menos uno de los dueños.

—¿Cuál?

—Hazte cargo.

—No hay problema.

Después de responder el último mensaje en el móvil, caminé hacia el ascensor y apreté el botón para el piso veintidós.

—El señor Stanton le espera en la oficina de juntas —dijo su asistente.

—Gracias. —La puerta de la sala de reuniones estaba abierta de par en par.

—Buenos días, Max. —Él figuraba sentado en la cabecera de la mesa y con un café al costado izquierdo.

Mi padre llevaba dos meses enfermo y Joseph Stanton, quien por años fue su mano derecha, se veía cómodo y complacido ejerciendo el cargo de *CEO* interino, y no parecía tener apuro en llamar a una nueva reunión de directorio. Todos sabíamos que había que definir cuáles serían los pasos que seguir en caso de que él, no regresara.

—Joseph —saludé levantando la cabeza.

—Me informaron los guardias que no te fuiste anoche. —Tenía claro que, si había algo que no podía importarle menos, era la cantidad de horas que yo pasara en la oficina.

—Ajá.

—Por favor, toma asiento.

—Estoy bien, gracias. —No pretendía quedarme por mucho tiempo.

—Como quieras. —Levantó su taza de café y tomó un trago—. La razón por la que te he pedido que vengas es porque hay un proyecto pendiente que era muy importante para tu padre.

—Ajá. —No me gustaba que hablara de él en pasado, pero no iba a empezar a corregirlo.

—Una de las cosas que comenzó, poco antes de su..., tú sabes, fue su

autobiografía. —Asentí, no me sorprendía. Una oda más al ego de William Russell no era novedad—. Y, me he tomado la libertad de llamar a la empresa editorial con la que cerró el trato.

La imagen pública de mi padre era una obra de arte. El publicista y el encargado de comunicaciones del estudio habían dedicado mucho tiempo a desarrollar el concepto de consumado filántropo, y mi madre salía en las revistas de sociedad todas las semanas.

—Entiendo.

—Mi asistente ha coordinado para que se presenten el lunes temprano, nos enviarán a la persona con la que hizo el primer contacto.

—¿Eso es todo?

—Realizarán un estudio sobre la vida de tu padre, la historia de tu familia, la de tu tatarabuelo y de cómo construyeron este imperio. —Sonreía.

Russell y asociados era el estudio de abogados más grande y con la cartera de clientes más completa y extensa del mercado. La diversificación, había ayudado con el crecimiento y nos encontrábamos presentes en todas las

especialidades. Para las firmas pequeñas; éramos un monstruo; para las medianas éramos un riesgo, y para las grandes éramos la temida competencia.

—Claro.

—Tu padre estaba muy entusiasmado y estoy seguro de que estaría feliz si supiera que el proyecto sigue en marcha. Sobre todo, por el estado en que se encuentra.

—Por supuesto.

CAPÍTULO 2

Cassandra

—¿En qué estás? —preguntó Anna cuando apareció detrás de mi puesto de trabajo.

—Preparo la reunión del lunes. — Destacaba el artículo que había impreso, había mucha información.

—¿Caso?

—El abogado.

—Ajá.

Me consideraba una mujer aplicada y por lo mismo, había dedicado parte importante de mi tiempo en los últimos dos meses a investigar sobre la vida de William Russell.

No había nada espectacular que revelar, su vida era tan mediática que, bastaba con buscar en *Google* o *Wikipedia*.

—¿Y? —agregó y se inclinó para leer los titulares.

—Pues: sesenta años, casado desde los veintiséis con Martha Russell de cincuenta y cinco, padre de un hijo de veintiocho... —Levanté la cara y me saqué el lápiz de la boca—. ¿Puedes creer

que su firma factura más de trescientos billones al año?

—¡Guau! ¿Qué tal es?

—Mmm, se mantiene joven. Quiero decir, el hombre con sesenta años tiene una complexión atlética notable y unos ojos claros, impresionantes.

—Veo que te causó gran impresión.

—Mmm... supongo, aunque parece algo así como un encantador de serpientes.

—¿En serio?

—Ajá.

—Y, por dónde vas a comenzar.

—No sé, me llamaron de la firma y me informaron que sufrió un infarto.

—¿Qué?

—Sí.

—Y, ¿qué vas a hacer? El pago inicial ya te lo gastaste.

—No me lo recuerdes, además... ¿qué querías que hiciera? Había que reparar la caldera.

—Lo sé, lo siento. Todavía no me pagan.

—Mmm.

—En serio, ¿te van a asignar otro proyecto para compensar?

—Es una autobiografía —abrí *Google*— y hay mucha información en internet.

—¿Ya?

—El resto voy a complementarlo con entrevistas y seguimientos. —Era una cuenta alegre, considerando que, como nunca, no tenía que devolver el dinero del bono y, aun así, recibiría mi salario y sin trabajo extra.

Llevaba cuatro años trabajando para la editorial y, ya había publicado varios libros, pero, todos, como escritora fantasma. Haber tomado la decisión de olvidar mis sueños de escribir novelas de amor para escribir las biografías de otros, que además se publicaban como autobiografías, era sin duda un trabajo más rentable, ya que la firma era de cualquiera, menos la mía.

Después de que salí de la facultad presenté tres manuscritos distintos a diferentes editoriales y, decir que seguía esperando que llamaran de vuelta, era quedarse corto. Sin embargo, después de haber decidido que trabajaría con un seudónimo, perdí el miedo y comencé a mandar manuscritos cada cuatro meses y sin parar.

La única editorial que respondió fue la que me contrató para escribir la historia de otros bajo su sello, aunque por la forma de escribir, ese sello, siempre sería mío.

—¿Quieres que te acompañe a la *boutique*?

—¿Mmm?

—Para la entrevista del lunes, ¿sabes qué vas a ponerte?

—Mmm..., vale, vamos a la hora de almuerzo.

Una de las pocas cosas interesantes de mi trabajo era que, como debíamos reunirnos frecuentemente con personas muy importantes, disponían de una tienda con ropa de diseñador a la que podíamos acudir si teníamos grandes reuniones y la del lunes, lo ameritaba.

Llegué al piso diecinueve y me encontré con que no había nadie en la recepción. Me acerqué al borde del enorme ventanal de suelo a cielo y me detuve a contemplar la espectacular vista sobre la ciudad.

A los cinco minutos, apareció una mujer que, según mis cálculos debía tener cerca de cincuenta años. De cabello rubio, alta, delgada, estilizada y tan

menuda que, perfectamente podría haber sido una bailarina de ballet.

—Buenos días, busco al señor Russell.

—Por supuesto, ¿su nombre? —Me sonrió con los ojos mientras encendía su ordenador. No era que ella hubiese llegado tarde, sino que yo había llegado diez minutos más temprano.

—Oh... claro, mi nombre es Cassandra Cooper.

—¿Viene usted de la editorial? — Abrió el primer cajón de su escritorio.

—Sí, de LCD.

—Un momento. —Le vi levantar el intercomunicador y respirar profundo, mientras esperaba que le respondieran del otro lado de la línea—. Si me da unos minutos.

—Claro, claro. —Se levantó y fue directo hasta la puerta. Golpeó tres veces y esperó. Nada. Volvió a golpear, y..., nada.

—Mmm, lamento mucho decirle que tendrá que esperar... ¿Desea beber algo?

—No... gracias, estoy bien. —La pobre mujer parecía desesperada, golpeaba tratando de disimular su molestia porque, aparentemente, el

señor Russell junior no tenía intenciones de aparecer.

Tomó el móvil que había dejado sobre la mesa del escritorio y llamó. Llamó y llamó...

—Eh... —Me sonreía.

Volteé cuando sonó la campanilla del ascensor y vi primero, a una chica más o menos de mi edad en un traje Chanel, caminando hacia nosotras en unos bellos tacones negros de ensueño *Christian Louboutin*, de la última temporada. Tras ella un hombre alto y de grandes hombros. Su traje azul oscuro era muy formal, no llevaba corbata y caminaba con una seguridad, que lo hacían parecer dueño de todo. Atlético, varonil, y guapo... «Dios mío, muy, muy guapo». Sin deseos de pasarme de lista, no era difícil adivinar que era, ni nada más y nada menos, que el señor Russell junior.

En la mano, cada uno de ellos traía un vaso grande de *Starbucks*. Ella se reía entornando los ojos y él caminaba a su lado, mirando hacia adelante. Después de tomar un sorbo de su café, levantó la vista, me miró y sentí un gran latido que me llegó a la garganta.

—Buenos días. —dijo con una sonrisa que debía de ser recibida con un pararrayos. El cristalino color de sus ojos, mezcla entre verde y amarillo, eran sorprendentes, parecían verdaderos ojos de tigre.

—Buenos... días. —Estiró la mano para estrechar la mía y cuando me tocó, sentí como si me hubiesen dado con un balde de agua fría... pero al revés. Un golpe de electricidad me llegó directo a la médula, haciendo que olvidara el resto de los latidos de mi corazón.

—Max, ella es Cassandra Cooper y viene de la editorial LCD.

—Oh, claro. Es un gusto, soy Max Russell —su mano era grande, áspera y cálida—, y ella es Kai Gibson —señaló a la chica que llevaba los zapatos de mis sueños.

—Hola. —Sonrió ella y estiró la suya.

—Un placer. —¿Qué más podía decir? Un placer, por supuesto, que sí... El señor Russell junior hizo un gesto con la mano invitándonos a su oficina.

—Llamaré al señor Connors —dijo su asistente.

—Te enviaré la información más tarde —interrumpió Kai que no se movió de su lugar—, debo regresar. —Él asintió.
—Por aquí —me indicó el camino.

Su oficina era inmensa, más grande incluso que mi apartamento completo. A la entrada había un recibidor con dos sitaliales enfrentados y un sofá de cuero en el medio. La mesa del centro parecía una obra de arte y desde ahí, se podía disfrutar de la mejor vista de toda la ciudad. En el otro extremo, un escritorio antiguo de madera... de caoba o de alguna clase, que para mí era imposible de identificar. Las sillas eran de respaldo alto y se encontraban frente a lo que parecía un trono, detrás un cuadro de arte contemporáneo que le daba un toque ecléctico. La oficina gritaba destellos de decoración de tipo inglés, pero ese universo de colores parecía estar fuera de lugar.

—Lamento mucho lo de su padre.
—Me acomodé las gafas. Me parecía lo mínimo comenzar con lo básico, de seguro para él, no debía de ser nada fácil llevar una empresa como esa adelante, sabiendo que su progenitor estaba debatiéndose entre la vida y la muerte.

—Gracias. —Se pasó una mano por ese cabello oscuro que tenía algunas ondas y que, por contraste, destacaba de manera encandiladora esa mirada de tigre al acecho. Indicó el sofá y tomé asiento. Abrió el primer botón de su chaqueta y se instaló frente a mí, en uno de los sitios.

—Tuve una reunión con su padre hace un par de meses y he trabajado en reunir antecedentes sobre su vida y los de su familia. —Traté de mantenerme derecha y con las piernas cruzadas. No sabía si era momento de sacar mi libreta de notas, así que decidí esperar.

—Ajá. —Después de un par de golpes, la puerta se abrió para dejar entrar a un hombre vestido de camarero que llevaba guantes blancos... Dios mío, ¿qué era eso?, ¿quién demonios en estos tiempos seguía usando guantes blancos para servir el café? Pues, parecía que, en Russell y asociados, empujaban carritos al estilo servicio a la habitación, solo para llevar café, té, jugo, agua y bocadillos.

—Señor Russell... —Respiré profundo. Tenía tantas preguntas que no se relacionaban con su padre y que habían surgido en los últimos sesenta segundos, que, para evitar darle rienda

suelta a mi bocota, decidí seguir estrictamente con la pauta que había preparado y que había aprendido de memoria, por revisarla tantas veces.

—Max, por favor, dígame, Max. — Agradeció el vaso de agua que el camarero puso en la mesa, con un movimiento de cabeza—. Y no me trate de usted.

El hombre era intimidante, serio y agudo. En los pocos minutos que llevaba con él, entendí que el atisbo de sonrisa con que me saludó, era un gesto automático y adecuado para la interacción social.

—Claro... Max. —Me mordí el labio inferior y tomé un sorbo del vaso que dejaron para mí—. Una de las técnicas que utilizamos regularmente para complementar la información de nuestros clientes, es entrevistar a los integrantes de su familia, conocidos, cercanos y empleados, sobre todo si el proyecto se refiere a empresarios.

—Entiendo.

—Dado que su padre se encuentra convaleciente y hay mucho en que profundizar, creo que es la manera más adecuada de empezar a reunir más

antecedentes. Las impresiones y opiniones, su día a día e incluso, a veces, las anécdotas pueden ser muy útiles—. Sonreí.

—Bien. —Se levantó y caminó hacia la ventana con solo dos pasos—. Hablaré con Ángela para que le dé acceso a lo que necesite —dijo sin mirarme.

Al principio calculé que medía un metro ochenta, pero era más alto, sin duda. Cuando alguien no alcanza a medir ni el metro cincuenta y cinco, cualquiera que esté sobre el metro sesenta comienza a tener aspecto de gigante.

No sabía si el efecto se daba porque estaba sentada y él no, pero el hombre tenía la espalda ancha que se contenía a la perfección en ese traje que le quedaba como guante. Su postura era perfecta, con esos hombros derechos y orgullosos de ser parte de su, a todas luces, magnífico cuerpo.

El prospecto de investigar la historia familiar de alguien de quien se podía encontrar todo por internet, no era tan atractivo como apreciar esos genes que ya querría yo para mis hijos.

—Mmm —agregué y saqué la libreta que llevaba en el bolsillo de mi

bolso—. Otra cosa que es muy efectiva, son los seguimientos.

—¿Seguimientos? —Giró.

—Consiste en acompañar a personas clave que pueden aportar información preciosa y que no existe en ningún otro lugar.

—Señorita Cooper...

—Cassandra, por favor... o Cass, no me trates de usted. —Sonreí, pero se mantuvo con la misma expresión, y deseé que en ese momento se abriera la tierra, y me tragara completa. Me miró un par de segundos más y me regaló una sonrisa aplastante que hizo brillar esos ojos transparentes.

—Cassandra o Cass —veré qué es lo que puedo hacer.

Volvió a sentarse, pero esta vez, cruzó las piernas y las manos.

CAPÍTULO 3

Max

Cassandra... Cass: Menuda, ojos azules, nariz pequeña, labios llenos, pechos firmes, cintura angosta, caderas anchas. Un perfecto y diminuto reloj de arena frente a mí.

Continuaba en el sofá, hacía preguntas, tomaba notas y parecía perdida en los garabatos que escribía, y miraba con determinación. Esas gafas moradas de bibliotecaria le daban un aspecto tan salvaje, que me provocaba deseos de quitárselos para descubrir el color de sus ojos.

Veía en ella dos factores muy interesantes. Parecía ser una mujer seria e intelectual, pero al mismo tiempo, el traje que llevaba dejaba a la vista un universo de curvas. Era la perfección en miniatura. Sus labios llenos con algo de brillo rosa me obligaban a recordar que debía mirarla a los ojos de vez en cuando.

Llevaba tiempo en la banca y encontrarme con alguien como ella, me hacía sentir deseos de volver a la cancha.

—Entonces —interrumpió mis deseos de pedir una pausa para seguir analizando sus atributos y recobrar el control de mi flujo sanguíneo, que parecía tener intenciones de hacer desvíos involuntarios—. ¿Crees que podrías conseguir una reunión con tu madre?

—Haré lo posible. —Arreglar que siguiera a mi madre no sería una tarea fácil, la mujer era escurridiza. Esperaba que estuviera dispuesta a hacer concesiones por tratarse de la «autobiografía» de mi padre—. Mi asistente se pondrá en contacto contigo, ella podrá ayudarte.

—Perfecto. —Sonrió con una expresión que iluminó su rostro.

—Una pregunta —interrumpí—. ¿Qué fue exactamente lo que pidió mi padre?

—Pues... —dudó y se aclaró la garganta—. ¿Puedo ser franca? —Se llevó el lápiz a la boca.

—Por supuesto. —Me miró y dejó el bloc sobre la mesa.

—No conozco a nadie que pague una autobiografía honesta.

—¿Cómo así? —Llevaba años sin recibir una respuesta tan franca.

A excepción de mis amigos que no tenían problemas en decir lo que pensaban, el resto de la gente solía moverse con cuidado y a veces con temor a mi reacción. Asombrado por su sinceridad, me acomodé en el asiento frente a ella.

—Para mí... o, mejor dicho, en mi experiencia, quien llama a un tercero para que haga el trabajo de documentar y escribir su historia, por ningún motivo permitirá que salgan a la luz todas sus verdades.

—Entiendo. —No me sorprendía, conociendo a mi padre, no me sorprendía en lo más mínimo.

—Quiero decir —mordió el lápiz y me miró como si hubiese notado que había cometido un error—, es verdad que hay muchos que no tienen tiempo o simplemente no se atreven a escribir porque tienen temor de los resultados. Sin embargo... —Dudó nuevamente—, la sensación con la que me quedé después de hablar con tu padre...

—¿Sí?

—Pues, él parece muy interesado en que sea un libro de estrategias de negocios, más que uno de introspección y aprendizajes.

—Mmm, ya comenzaste a investigar, ¿no es verdad?

—Claro, pero... —tomó un poco de agua— en internet existe mucha información. Sin ir más lejos, *Wikipedia* tiene tres apartados diferentes de cómo ha crecido Russell y asociados en los últimos cincuenta años, incluso, hay información sobre la división que lleva los casos sociales, los altruistas.

—Ya veo.

—Max, no soy experta en negocios, en absoluto. Mi trabajo es captar la historia, la esencia que hay detrás y la verdad dentro de esas personas que desean compartir su experiencia de vida con el mundo.

—¿Tienes en mente por dónde te gustaría empezar? —Se sorprendió con la pregunta, hasta que entendió que había sido mi forma de darle una respuesta.

Le brillaron los ojos y se levantó. Cassandra comenzó a dar pasos de un lado a otro, moviendo la cabeza, asintiendo y negando según el contenido de la frase. Sus labios brillantes escondían una sonrisa perfecta y blanca, y de vez en cuando, se acomodaba el

cabello como si estuviera tratando de ordenar las ideas en su cabeza.

Enfatizaba sus oraciones con las manos, obligándome a continuar sentado para disfrutar de su despliegue escénico. Era alucinante. Parecía olvidar que estaba presente y cuando lo recordaba, se le enrojecían las mejillas y trataba de frenar el ritmo de sus palabras.

—Entonces —agregó—, espero que tu madre no se moleste si la sigo. No es algo que le guste a la gente, pero... creo que es una buena forma de continuar, a menos que decidas detener el proyecto.

—Mmm.

—Lo siento, no debería haber dicho eso. —Se mordió el labio y miró su libreta.

—No soy yo quien va a decidirlo. Fue mi padre el que puso esto en marcha y me haré cargo de lo que se necesite para terminarlo. Espero que para cuando esté listo, él se encuentre en condiciones de aprobarlo, si no, será mi madre quien lo haga.

—Por supuesto. —Se aclaró la garganta—. No te quito más tiempo. —Me levanté para acompañarla a la salida y estuve a punto de comenzar con mis propias indagaciones.

—Te acompaño. —Cuando salimos de mi oficina, Ángela parecía absorta en lo que hacía y no nos puso atención sino hasta que estuvimos frente a su escritorio—. Ella te ayudará en lo que necesites.

—Gracias, eh... —dudó y después de unos segundos estiró el brazo—, nos vemos.

—Nos vemos. —Recibí su mano y la estreché con la mía.

Sin proponérselo, Cassandra Cooper acababa de convencerme de que deseaba verla de nuevo en mi oficina, pero idealmente solo con sus gafas y libreta.

—Enérgica, ¿no es verdad?

—¿Mmm?

—La señorita Cooper.

—¿Qué pasa con ella? —respondí sin sacar mis ojos de ella hasta que subió al ascensor.

—Se nota que es... apasionada. —agregó Ángela.

—Eso parece.

—Mmm, claro, eso parece. —Insistió con una sonrisa.

El sábado por la mañana llegué a la plaza central para nuestra maratón de la

semana. Alex, por supuesto, ya había comenzado con sus ejercicios de elongación y por el último movimiento que hizo al estirar los hombros, parecía estar terminando.

—Buen día, amigo. —Saludó cuando guardé el móvil y las llaves del coche en el bolsillo.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sin novedades, ¿tú?

—Nop, nada... Estaba pensando, ¿te parece ir a *Jack's* esta noche?

—Pues...

—No seas así, no has salido de tu oficina desde que comenzaste persiguiendo tu último caso. De no ser porque tienes que hacer ejercicio, —sonrió— no lo harías nunca.

—Eso no es verdad.

—¿Llegó ya tu ayudante?

—No es mi ayudante, trabaja conmigo, es parte de mi equipo...

—Claro, de tu extenso equipo de dos... Pues, preocúpate de contratar más gente. —El maldito dio una carcajada tan ruidosa, que Tommy que venía llegando, preguntó por eso antes de saludar.

—Sabes que jamás me involucraría con alguien que trabaja conmigo.

—Mmm, eso siempre es debatible —agregó Tommy, sin que nadie hubiese pedido su opinión.

—Sabes que no es correcto.

—Dios, que eres cuadrado — insistió.

—No se trata de eso, Kai es una excelente abogada. Por otra parte, tiene mucho que aprender y yo...

—Serías incapaz de salir con alguien que no sabe qué es lo que está haciendo —puntualizó Alex.

Jonah caminaba hacia nosotros con lentitud, cualquiera que le pusiera atención, diría que teníamos todo el tiempo del mundo.

—¿Se acuerdan de la chica que trabajaba en la biblioteca? —preguntó Tommy.

—¿La de la facultad? —continuó Jonah que comenzaba a integrarse a la conversación.

—Sí. ¿Te acuerdas de la cara de gata asustada que ponía cada vez que él la miraba?

—¿De qué estás hablando? —A Alex se le estaba pasando la mano.

—Se ponía nerviosa. —La sonrisa de Tommy no podía ser más amplia.

—Estoy casi seguro de que la oí balbuceando una vez —agregó Jonah.

—Son unos idiotas. —Parecía como si se hubiesen puesto de acuerdo.

—Le gustabas —insistió Tommy levantando las cejas.

—Oh, sí y... lo que habría dado ella porque le hubieses puesto atención. — Alex estaba a punto de echarse a reír.

—No digas estupideces.

—Oh... sí, me lo dijo una vez.

—¿En serio? —preguntaron Tommy y Jonah al mismo tiempo.

—Ajá... en serio.

—Por Dios.

CAPÍTULO 4

Cassandra

—¿Estás segura?

—Sí, en el armario en la parte de arriba —respondió y tuve que ir a buscar la escalera de la cocina para alcanzar la caja de mis preciados zapatos.

Anna, a quien conocí en mi primer día en la editorial, sufría del mismo problema que yo. Después de confesarnos mutuamente que deseábamos escribir cualquier cosa que no fuera lo que escribíamos, decidimos juntarnos para pelear contra la injusticia editorial y llevábamos más de tres años compartiendo el mismo apartamento. Era discreto..., tenía dos habitaciones en las que no cabía más que una cama pequeña y una mesita de noche en cada una. El salón combinaba la cocina, el comedor y la terraza, todo en uno. Al menos así fue como nos lo explicó el agente inmobiliario cuando preguntamos por él y no nos dejó verlo, antes de alquilarlo.

—Recuérdame, por favor, ¿cómo se llama el amigo de Karl? —pregunté mientras limpiaba mis gafas.

—Patrick.

—Ajá. Y, ¿cómo es este tal Patrick?

—Mmm... Lo conocí el mes pasado cuando nos lo encontramos en ese restaurante italiano.

—¿Cuál italiano?

—No me acuerdo del nombre.

—Vale.

—Pues, no es muy alto así que harán una pareja espectacular.

—¡Anna, no puedo creer que la razón por la que quieres que vaya a esta cita a ciegas es para que salga con un tipo que es bajo!

—¡Vamos! —interrumpió— se verán lindos y proporcionados. — Enrollé los ojos.

—¡Anna!

—Trabaja en el banco internacional, es experto en finanzas, juega tenis y canta.

—Al menos preguntaste por su currículum.

—Por supuesto, no quiero que creas que te dejaría salir con cualquiera.

—Me reí desde la sala.

—¿Te puedes apresurar? Necesito terminar con mi maquillaje. —El único lugar de todo el apartamento donde había una luz decente para terminar de prepararse para una cita, era en el espejo del baño y no cabíamos las dos al mismo tiempo.

—¡Dame un minuto! —gritó.

—Y, ¿qué más sabes?

—No mucho, —se dio el último retoque en los labios—. Karl y él compartieron apartamento cuando estaban en la facultad.

—Pero si tu novio es ingeniero, no economista.

—Cierto, pero tenían juntos algunas clases.

—Oh. —Mi cabello estaba en su punto, me faltaba terminar con la máscara de pestañas, el labial y listo.

No conocía el lugar, pero como iba con Anna y Karl, me relajé en el asiento trasero del coche. La cita consistía en ir al bar que estaba de moda y como Anna sabía que no me gustaba sentirme acorralada, en vez de aceptar que él me recogiera, acordamos reunirnos ahí. Odiaba quedar a merced de quien fuese el conductor, prefería acudir en mi

propio coche e irme cuando me pareciera que ya había tenido suficiente.

Quedé sorprendida porque el sitio era increíble. En general salía bastante, aunque sola, principalmente a cazar voces y escenarios para mis novelas. Del cielo alto colgaban unas lámparas que parecían candelabros y lágrimas. Alternaban entre luces frías y cálidas, logrando el ambiente perfecto para crear una historia de amor.

—¡Me encanta! —Lo único que quería era llegar a nuestra mesa para dejar mi bolso, dar una vuelta y descubrir qué más tenía *Jack's* para disfrutar.

—Notable, ¿verdad?

—Oh, sí. —Anna y Karl iban delante de mí como si me estuvieran abriendo el camino. Había mucha gente, no tanta como para que no se pudiera avanzar, pero sí la suficiente como para que alguien como yo debiese tener cuidado y en más de una ocasión, pedir permiso y decir «disculpa».

—Patrick debe estar por llegar —dijo Karl cuando nos sentamos, después de revisar el mensaje que acababa de recibir.

—¡Perfecto! —respondí despreocupada, porque en realidad era

ideal para que pudiera recorrerlo todo y tomar algunas notas. Para ocasiones como esa, siempre cargaba una libreta pequeña y un lápiz de madera.

—¿Qué desean beber? —preguntó él.

—Mmm... *Prosecco* —respondimos juntas con una carcajada como si fuéramos niñas. Se acercó a la barra, le dio instrucciones al encargado y volvió a la mesa con nosotras.

La música era animada. Comencé con mi expedición primero en la pista, que se podía ver desde cualquier lugar y como si fuera todo circular, las mesas y butacas alrededor, una al lado de la otra, tenían la distancia perfecta entre ellas como para que tuvieras privacidad y presencia. Después de dar la vuelta a la derecha del bar, me sentí observada y giré hacia la izquierda para comprobar.

—¿Cassandra? —oí una voz que me pareció familiar. Oh, Dios. Max Russell. Max Russell estaba sentado en la mesa frente a la que me detuve y que estaba a menos de un metro de mí.

—¡Max! —saludé con un grito. La voz me salió tan aguda que parecía como si me hubiese convertido en soprano.

—Cassandra —se levantó y caminó en mi dirección. Dios, era tan alto, tan, tan alto—. De no ser por las gafas no te habría reconocido.

—Pues, es la primera vez que vengo. —Me sonrió y sus ojos de tigre me parecieron feroces. Abrió paso con su cuerpo y sin pedir ni perdón ni permiso, con la mano en la parte baja de mi espalda, me guio hasta su mesa.

Max miró hacia el lado y después levantó la cabeza como si estuviera advirtiendo algo.

—Ellos son: Tommy, —miró a la izquierda— Alex, —miró al centro— y Jonah.

Si encontraba que Max era alto, el resto de sus amigos eran enormes, sobre todo el de la esquina que parecía gigante. Los cuatro, juntos, podrían causarle un infarto, incluso a la más compuesta.

—Hola, soy Cass.

—¿Cass? —preguntó Alex.

—Sí, Cassandra o Cass —respondió Max y me guiñó un ojo—. Trabaja en LCD y es quien se hará cargo de escribir la autobiografía de mi padre.

—¿En serio? —interrumpió Alex.

—Sí —agregué.

—Oh... pues, brindo por eso. —
Levantó su vaso, pero al ver que no tenía nada en mis manos, lo bajó y lo puso en la mesa.

—¿Viniste sola? —preguntó el de la esquina.

—Oh... no, vine con unos amigos y ya debo regresar.

—¿Deseas que te acompañe? —dijo Max y los demás sonrieron.

—Mmm, no. No te preocupes. Mi cita debe estar por llegar, así que debo irme. Ha sido un placer conocerlos. —
Volteé, pero antes de dar un paso, sentí la mano de Max en mi espalda baja que, sin esperar mi aprobación, caminó a mi lado—. ¿Son tus amigos?

—Ajá y también mis excompañeros de equipo. —Como si fuera dueño del lugar, caminamos sin que nadie se nos atravesara en el camino.

—¡Ey! Te llamé, pero no respondiste porque dejaste el móvil aquí en la mesa —reclamó Anna que me vio llegar sin notar quién venía detrás.

—Pues...

—Cass, la idea no era que te largaras a conocer el lugar y se te olvidara que estábamos aquí —insistió.

—Eh, Anna, te presento a Max. —
Abrí el paso, dándole espacio para que se
parara a mi lado.

—Max Russell, encantado. —Estiró
el brazo para estrechar su mano. Karl,
que estaba a su izquierda, se levantó y lo
saludó con la misma reverencia.

Anna no era de las que se quedaban
calladas con facilidad, pero cuando él
sonrió, se convirtió en una ameba.

—Es un placer —dijo ella cuando
recordó que sabía cómo usar las palabras.

—Igualmente.

—Muchas gracias por
acompañarme. —Él estaba con sus
amigos, yo debía esperar a Patrick y que
nos hubiésemos encontrado había sido
pura casualidad.

—Pues, te dejo con tu cita —dijo,
pero no se movió.

—Oh, ino, no, no! —Mi amiga, sin
ningún miedo, dio un grito—. Eh...
Patrick acaba de llamar porque no podrá
venir.

—Lo siento, Cass. —Suspiró Karl.

—Oh, ya veo... —No era que me
importase o que deseara darle
información innecesaria a Max, pero era
mi primera cita en mucho tiempo y me
habían dejado plantada.

—Oh, lo siento —dijo Max con algo que no mostraba ninguna emoción que indicara algún tipo de lamento.

—No te preocupes, otra vez será. — Iba a tomar el respaldo de la silla para abrirla, cuando lo sentí poner la mano en mi hombro.

—Puedes venir conmigo. —El comentario lo hizo con tanta seguridad que, sentí que era una instrucción en vez de una invitación—. Pues...

—¡Claro, eso! —agregó Anna—. Deberías ir con él, Cass. Como Patrick no vendrá, aprovecharemos... —Se colgó al cuello de Karl—, nos encantaría tener una cita romántica, ¿verdad, cariño?

—Por supuesto, preciosa.

—Entonces —continuó ella—, no se diga más. Te veo luego y no me esperes despierta. —Me guiñó un ojo, le entregó mi bolso a Max y le dio un beso a Karl que nos alejó de la mesa en forma automática.

Volvió a abrirme el paso y de la misma manera, volvió a tomarse la libertad de llevar su enorme mano a mi espalda baja. El aroma de su perfume me provocaba temblores en las rodillas, era como si su aura me envolviera.

—Por aquí —indicó con una mano, mientras que con la otra me llevaba firme.

Como si sus amigos hubiesen sabido que íbamos a regresar, mejor dicho, que yo iba a regresar, había una silla extra que me dejaba justo en el medio de todo.

Max

Debía concedérselo, la idea de Alex de ir a *Jack's* había sido magnífica. No solo porque me sacó del encierro, sino porque me dio la oportunidad de dar con Cassandra Cooper en el último lugar donde pensé que podría encontrarla.

El top negro sin tirantes que insinuaba el escote perfecto era tan espectacular como perturbador y esa cintura angosta que quedaba expuesta tras la línea del cinturón, no hacía más que destacar lo exquisitamente menuda que era. El marco morado de sus gafas contrastaba con sus ojos, color cielo y el brillo rosa de sus labios, hacían del conjunto, un cuadro insuperable.

—¿Así que periodista? —preguntó Tommy cuando se sentó a su lado.

—No, soy escritora.

—Ya les dije, es ella quien va a escribir la biografía de mi padre.

—Claro, suerte con eso. —Alex levantó el trago e hizo un brindis—. Oh, perdónanos bonita, hemos perdido la costumbre de estar con chicas tan guapas y agradables como tú, somos unos idiotas. —Se me calentó la sangre cuando le oí decir «bonita» y mucho más cuando

incluyó en la frase, guapa y agradable—. ¿Deseas beber algo?

—Mmm, sí, gracias. *Prosecco*. —Mi amigo levantó el brazo, hizo la orden y el encargado del bar se demoró pocos minutos en volver a nuestra mesa con la mejor botella de *Prosecco* de *Jack's* que, por supuesto, iría con cargo a mi cuenta.

—Entonces —comenzó Jonah—, eres escritora, trabajas para una editorial y te dedicas a escribir biografías.

—Algo así —respondió con una sonrisa y no lo pude evitar. Instalé el brazo por detrás de su silla y acerqué la mía un poco más—. Soy escritora, trabajo en una editorial —miró el cielo—, y escribo biografías para vivir.

—Ajá —agregó Alex—. ¿Te gustaría escribir otra cosa? —Ahí estaba otra vez.

Que mi amigo dedicara casi todo su tiempo al *rugby* y lo poco que le quedaba a su novia, no significaba que no supiera manejarse con el resto del mundo y desplegar su sorprendente sagacidad. Era rápido y captaba detalles que solían ser imperceptibles para el resto. Su talento para extraer información sin que el otro lo notara, me

daba siempre la ventaja de analizar qué hacer con ella.

—Pues —tomó de la copa y humedeció sus labios con el líquido burbujeante—, lo mío son las novelas de amor.

—Ajá, así que eres una chica romántica —dijo Alex.

—Y, ¿por qué no escribes sobre eso? —agregó Tommy.

—Mmm, es lo que espero hacer algún día, —se acomodó las gafas—, pero de momento no he tenido suerte en lo que a editoriales significa. —Pasó el dedo por el borde de la copa y sonrió, obligándome a acomodar mi postura en la silla.

—Ajá.

—En la facultad conocimos a gente del rubro, ¿no es cierto? —le dijo Tommy a Alex.

—Ajá.

—¿Qué estudiaron?

—Pues, somos periodistas —aclaró él.

—No —reclamó Alex.

—Bueno, él y yo estudiamos periodismo en la misma facultad, pero él... —apuntó con el dedo—, decidió ser jugador de *rugby* profesional en el último

momento. —Alex le quitó el vaso y se tomó lo que quedaba del trago.

—¿Otra ronda? —preguntó Jonah.

—Vale —respondió Tommy. La conversación fluyó con facilidad y en nada, se convirtió en un interrogatorio que parecía entrevista.

—¿Y tú? —le preguntó a Jonah y así continuaron.

El diálogo era rápido, Cassandra respondía animada, de vez en cuando se tocaba el cabello y dos veces pasó uno de los dedos alrededor de su copa. No parecía nerviosa, aunque mantenía los hombros tensos, no coqueteaba abiertamente, pero sí entornaba los ojos. Cuando se reía lo hacía fuerte, desde el estómago y se le hacían pequeñas marcas de expresión. Cuando enfatizaba usaba las manos, cuando no estaba de acuerdo negaba con los dedos y cuando estaba concentrada, apoyaba el mentón en la palma de la mano.

Más de una vez se tapó la cara para esconder una sonrisa, pero su gesto más característico era que fruncía el ceño y se ajustaba las gafas con el dedo índice.

Hablaba rápido, miraba hacia arriba y a la izquierda cuando recordaba

cosas, directamente cuando escuchaba una respuesta y no se guardaba carcajadas.

—Guau, es tarde —dijo llevándose la mano al pecho después de mirar el reloj—. Debo irme, mañana tengo que madrugar.

—Mañana es domingo —dijo Jonah.

—Sí, pero trabaja C.C. Key.

—¿C.C. Key?

—Dios, no puedo creer que les haya dicho eso. —Se mordió el labio—. Es mi seudónimo —negó con la cabeza—. Los sábados y domingos son mis días libres y me dedico a escribir. —Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿C.C.? —preguntó Tommy.

—Ajá, Cassandra Cooper. —Fue su simple respuesta—. ¡Demonios!

—¿Qué pasa? —Me levanté de la silla.

—Anna y Karl se fueron. De seguro pensaron que...

—Yo podría llevarte. —Completé la frase por ella. En otro impulso incontrolable, tomé su barbilla con los dedos y la hice levantar el rostro para mirarme.

—Sí, eso seguro.

—Pues, te llevo.

—No, no, por favor. No hace falta.

—Insisto. —Por el rabillo del ojo vi la expresión de Alex, el maldito se mordía el puño para reprimir una carcajada.

—No, gracias. Pediré un *Uber*.

—Cassandra, en serio. No puedo dejar que te vayas sola si...

—Oh, sí que puedes. —Tomó su bolso con las dos manos—. Buenas noches, chicos, fue un placer conocerlos. —Levantó la vista—. Buenas noches, Max.

Por primera vez en mi vida, sentí como si me hubiesen dado una bofetada y me hubiese quedado mirando el suelo. No supe si fue por su negativa o porque no me dio tiempo para replicar.

CAPÍTULO 5

Cassandra

C.C. Key fue un invento para dejar correr mi frustración, después de que recibí de regreso el sexto manuscrito sin abrir en un mismo año.

LCD me contactó, porque uno de los profesores de la facultad recomendó mi nombre por mis «destacadas habilidades de investigación».

La oferta fue mejor de lo que habría imaginado, a pesar de que no era lo que deseaba. Lo mío no era escribir por escribir, no, lo mío era crear. Descubrir, construir, imaginar y dejarlo salir. No era suficiente con alimentarme de romance a través de la lectura o de lo que veía en la calle, por el contrario, era difícil para mí contener la necesidad de tomar el ordenador y no detenerme hasta sacarlo todo.

Había logrado un récord, porque quince biografías en tres años, lo era. Solo el proceso de documentación llevaba meses y después, captar lo que el cliente deseaba comunicar, llevaba aún más. La magia sucedía cuando tecleaba

como si estuviera tocando una obra de *Beethoven*. Mis dedos volaban y el tap, tap, tap, se convertía en un sonido incesante, in crescendo hasta llegar al final.

Mi debut como escritora de romance lo hice a los diecisiete años, después de la debacle de mi primera relación. A diferencia de lo que había en las cuatrocientas páginas del manuscrito, la experiencia terminó sin un feliz para siempre y una dura lección que no olvidaría jamás.

«No es suficiente con los suspiros y el corazón desbocado.

Primero, no puedes olvidar quién eres.

Segundo, eres tú quien debe decidir hasta dónde estás dispuesta a llegar.

Tercero, si no estás segura... no, es, no.

Pero lo más importante, es que el amor de uno no alcanza para dos».

Fue un año duro, el desencanto hizo trizas mi inspiración y por un momento, dudé si sería capaz de volver a abrir una libreta o dejar volar mi imaginación.

Sin embargo, mi pasión por las letras fue más fuerte, la necesidad de

escribir lo que pensaba era mi destino y abrir mi corazón a la verdad, era la única manera en la que sería capaz de vivir con honor y fiel a mi propia voluntad.

—Cass, no has levantado la cabeza del ordenador desde ayer.

—Ajá.

—¿Qué tan interesante es eso?

—Ajá.

—No me estás oyendo, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Cass?

—William Russell.

—¿Y?

—La fundación que maneja su mujer es increíble. Según esto, es la más grande del país y apoya todo tipo de causas.

—¿Ya?

—El punto es que, se supone que la inició el padre del señor Russell y no hay mención ni de él ni de su hijo en ninguna parte. Esta mujer es increíble, su vida es un verdadero circo *Kardashian*.

—¿Y?

—Que con el hombre fuera de servicio, a menos que le haga seguimiento a todo el mundo, no tengo cómo sumar uno más uno. Está la información en línea, lo que dijo él en la

entrevista inicial, lo que le pueda sacar a su hijo y ya. Necesito una entrevista con ella.

—Y, ¿cuál es el problema?

—Dios, que esta mujer tiene alma de diva. —Le mostré la pantalla.

—Mmm.

—Sí... Mmm...

—Pues, vale, deja eso y ven conmigo. —No había nada mejor que ir por una buena manicura después de dejar los dedos en el teclado, pero no aguantaba ni un minuto más sentada.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? Le puedo decir a la peluquera que llegaremos más tarde —preguntó Anna con su bolso en el hombro.

—Ajá.

—Cass, última oportunidad —insistió con una sonrisa mientras se ponía las gafas negras.

—¿Dónde está mi colchoneta de yoga?

—Debajo de mi cama, ¿por?

—Me duele la espalda —estiré los brazos por sobre mi cabeza y me golpeé con la mesa de centro—. Anda, vete, nos vemos más tarde.

Me levanté a buscar una botella de agua y después de ponerme las zapatillas, que eran lo único sin tacón que tenía, caminé las dos manzanas de distancia que había entre mi apartamento y mi lugar favorito.

Mi atuendo habitual para escribir cuando estaba en casa, era un par de leggins y una camiseta extralarga. Casi siempre sin zapatos y un moño suelto en la coronilla, en la parte más alta de la cabeza. Por otro lado, mi atuendo habitual para practicar yoga consistía en los mismos leggins y el mismo tipo de camisetas.

Max

Mensaje de: Equipo

Tommy: En camino, estaré en veinte.

Alex: ¿Alguien desea que lo pase a recoger?

Jonah: Yo.

Alex: ¿Dónde estás?

Jonah: En la facultad.

Alex: Te espero abajo en diez.

Yo: Los veo allá.

No me molestaba caminar uno y correr veintiuno, ya que, entre mi apartamento y nuestro centro de reuniones, había solo un kilómetro. Alex solía ser el encargado de la puntualidad y que cumplíamos todos, menos uno.

La migraña que llevaba días sin dejarme parecía ceder con el aire fresco y el solo hecho de pensar en eso, ya calmaba los doloridos músculos de mi cuello. Apuré el paso cuando vi la hora y guardé mi móvil en el bolsillo.

Me senté en la banca, apreté mis ojos con los dedos y de pronto la vi pasar.

Cassandra cruzaba la calle y caminaba en mi dirección. Llevaba unos pantalones de yoga negros y una camiseta rosada amarrada a la cintura.

—¿Cass? —dije cuando me acerqué y llegué a ella en menos de dos segundos—. ¿Cassandra? —Dejaba su colchoneta bajo el nogal y se sacaba los zapatos.

—¡Max! —gritó y levantó la vista cuando le toqué el hombro después de haberla llamado cinco veces—. ¡Dios! —Se llevó la mano al pecho.

—Lo siento, no deseaba...

—Casi me matas del susto —
interrumpió.

—De verdad, lo siento. —Se sacó
las gafas oscuras y me deslumbró con sus
ojos azules del color del cielo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó y
arrugó la frente cuando se tapó el rostro
con la mano para evitar el sol.

—Voy a juntarme con el equipo.
¿Tú?

—Yoga, la espalda me está
matando. —Se arqueó como si fuera un
gato y sus pechos que hasta el momento
habían pasado desapercibidos bajo la
camiseta, aparecieron por arte de magia.

—¿Estás bien?

—No, quiero decir, sí. Solo que
llevaba demasiadas horas en la misma
posición. —Trató de estirarse de nuevo.

—Conozco un truco —extendí la
mano para ayudarla a levantarse.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Ven —La hice girar y
ponerse de espaldas frente a mí—. Cruza
los brazos así —le indiqué con las manos,
cómo abrazarse—. Respira profundo —la
sostuve por detrás y tomándola entre mis
brazos la sujeté por los codos, la levanté
con cuidado del suelo y con un suave
movimiento, sentí el sonar de sus

vértabras cuando encajaron y volvieron a su lugar.

—Guau —dijo cuando la dejé en el suelo—. ¡Guau! —Dio un paso adelante y se giró—. ¡Increíble! —Se estiró—. ¿Cómo hiciste eso?

—Un pequeño ajuste con la fuerza de gravedad.

—¡Ya no me duele!

—Me alegro. —Me pasé la mano por el cabello—. Ahora sí, buenos días. —Me sentía satisfecho conmigo mismo, primero por haberla encontrado y segundo, por haberla ayudado, aunque fuera con algo tan ridículo como un dolor de espalda.

—Oh, claro... Buenos días. —Sonrió—. ¿Así que te vas a juntar con tus amigos?

—Vamos a correr, lo hacemos todos los sábados.

—Mmm. —Se limpió las manos en el pantalón—. Y, ¿dónde?

—Nos juntamos allá —señalé con el dedo—, y de ahí en adelante son veintiún kilómetros.

—Eso es... mucho.

—¿Desayunaste? —dije sin pensarlo y después me aclaré la garganta.

—Eh, no, no todavía. —Frunció el ceño.

—Pues yo tampoco, te invito... — Iba a poner la mano en su espalda cuando escuché el grito.

—¿Max? —Giré sobre mis talones y maldije para mis adentros—. ¿Max? — Alex y Jonah caminaban hacia nosotros.

—Hola —se acercó y saludó a Cassandra con una sonrisa.

—¡Cass! Qué gusto, nunca te habíamos visto por aquí —dijo Jonah.

—Pues, no vengo muy a menudo —respondió y volvió a ponerse las gafas oscuras.

—¿Has visto a Tommy? —preguntó Jonah como si su aparición no fuera suficiente interferencia.

—No.

—Lo esperaremos —sonrió.

—Mmm, veo que practicas yoga — agregó Alex.

—Hago lo que puedo. —Suspiró y se encogió de hombros.

—Pues, si necesitas ayuda, no dudes en llamarme... él —puso la mano en mi hombro— puede darte mi teléfono.

—Oh, gracias.

Cassandra no tenía mi número, yo no tenía el de ella y las posibilidades de que le diera el de Alex eran, ninguna.

—¡Ey! —gritó Tommy que corría hacia nosotros—. Cassandra, ¿cómo estás? —Perfecto, el equipo en pleno.

—Bien, gracias —respondió y volvió a mirarme.

—Pues, ¿están listos? —preguntó Tommy.

—Claro —respondió Alex y movió la cabeza hacia los lados como si estuviera elongando el cuello.

—Ha sido un gusto verte —agregó Jonah.

—Cass y yo iremos a tomar desayuno.

—Oh, no, no te preocupes. —Se acomodó las gafas negras.

—Insisto. —Me aclaré la garganta y esperé que los demás entendieran la indirecta.

—Vale que no tenemos todo el día —dijo Alex mirando a los otros—. Que disfruten. —Le sonrió y antes de irse, me guiñó un ojo y echó a correr.